

# DESDE LA GRIETA EPISTEMOLOGICA HACIA LA UTOPIA PEDAGOGICA DEL TEATRO: UN COMENTARIO

Rosalba Medina

**E**l ensayo **La pedagogía teatral en Puerto Rico**, del profesor José Luis Ramos Escobar, me parece una necesaria y pertinente aportación para la apertura de un foro sobre la reevaluación del currículo del Departamento de Drama de la UPR. Su exposición sobre la importancia de la educación teatral universitaria y sobre nuestro Departamento de Drama arroja luz sobre los problemas y las posibles soluciones a una falsa antinomia entre la teoría y la práctica que aqueja el vigente currículo y que obstaculiza su desarrollo para que corresponda a las necesidades académicas y profesionales de la actual generación estudiantil. El hecho de que este ensayo de Ramos Escobar estimule a una discusión entre profesores y estudiantes sobre el asunto de la pedagogía teatral del Departamento es de por sí meritorio. Como estudiante de teatro me entusiasma la lectura de este ensayo del profesor, pues plantea una preocupación común entre estudiantes y profesores de manera articulada y dirigida hacia la toma de responsabilidad respecto a la situación del Departamento. Aprovecho la apertura de este foro para hacer unos comentarios desde la perspectiva de una estudiante preocupada por las contradictorias definiciones curriculares y erróneas valoraciones de la participación estudiantil en la calidad curricular del Departamento.

Al meditar sobre las definiciones curriculares de nuestro Departamento es inevitable notar que el conflicto entre la enseñanza teatral y la enseñanza universitaria en nuestro recinto es una relación espectral cuyo terrorismo no acabamos de exterminar. Sin eliminar este falso antagonismo entre la formación dramática y el entrenamiento teatral, resulta difícil el que se reconozca el valor

académico e intelectual de los estudios de teatro ante el prejuicio existente. En esto coincido con el profesor Ramos Escobar. Por eso me resulta contradictorio el que la descripción curricular planteada como el espacio universitario e idóneo para la formación, comprensión y desarrollo de las destrezas necesarias para la representación, haga recaer sobre la Facultad de Humanidades la responsabilidad de la formación teórica, del desarrollo de análisis crítico y del seminario de investigación. Esto limita las responsabilidades curriculares del Departamento de Drama al adiestramiento y la práctica teatral. Si la meta del sistema de pedagogía teatral de nuestro Departamento es "la preparación de teatristas que **dominen** las diversas manifestaciones de las artes dramáticas y teatrales,"<sup>1</sup> creo que sería necesario reevaluar esta noción confusa de formación integral. Me pregunto cómo llegar a un acercamiento investigativo abierto o a la sugerida "sistematización del método Stanislavskiano como referente para una búsqueda"<sup>2</sup> si no existe una clara propuesta curricular sobre la cual se sienten las bases de la experimentación pedagógica. Es decir, si no hay referentes claros para el "referente". En un Departamento de Drama, al cual estudiantes con y sin vocación artística ingresan para prepararse como teatreros (que posiblemente trabajen como locutores, técnicos y actores de video o de televisión), la reflexión sobre la pedagogía teatral implementada debería llevarnos a un acercamiento a la diluida diversificación de las exigencias del mercado de empleo. Podríamos preguntarnos sobre qué se hace, al igual que el cómo se plantean las propuestas pedagógicas de cada semestre, de qué tipo son tales propuestas y en qué contribuyen a la deseada formación integral. Este proceso de evaluación

curricular ya se ha realizado y se sigue realizando, pues su necesidad es evidente. Lo que no es así es un ofrecimiento semestral (por no decir anual) que refleje esta evaluación curricular responsable y pedagógicamente organizada y proyectada hacia una meta académica-departamental común. Ya desde la prematrícula, el estudiante se enfrenta a un mosaico de ideologías pedagógicas que no resulta ni coherente ni interesante, por su complejidad. La oferta curricular, más que un estético mosaico, parece una agrietada pared ideológica entre cuyas grietas epistemológicas estamos suspendidos y por las cuales evitamos abismar haciendo los mil malabares año tras año académico.

Ante este dilema, resulta irónico que la alegada carencia de libertad para el desarrollo curricular se justifique por la libertad de cátedra o por la opción estudiantil. Existe una errónea valoración de la forma en que los estudiantes participan en la calidad curricular del Departamento de Drama. El profesor Ramos Escobar no es el primero en aludir a la cancelación de cursos por éstos estar desiertos (baja matrícula). No quiero usar las circunstancias como excusa para la falta de iniciativa estudiantil. Pero como Grotowski, "no pienso que la crisis del teatro pueda separarse de otros procesos de crisis de la cultura contemporánea."<sup>3</sup> El acceso al sistema educativo universitario estadounidense como producto de nuestra situación colonial, si bien ha tenido sus pros en el legado pedagógico de teatreros como don Leopoldo Santiago Lavandero, como apunta en su ensayo el profesor Ramos Escobar, ha tenido sus contras en la forma en que delimita la administración y desarrollo curricular del Departamento; igual que, si bien "las ayudas" estatales y federales viabilizan económicamente la educación universitaria, también se convierten en un agente de intervención estatal sobre el proceso educativo. Así, por ejemplo, estudiantes interesados en tomar cursos de literatura dramática en el Departamento de Estudios Hispánicos o cursos de teoría y crítica en el Departamento de Literatura

Comparada, no pueden contar con "las ayudas" para cubrir el costo de estos cursos pues no son conducentes a grado. Fuera del debate sobre la dependencia departamental o estudiantil de asistencia económica (que esos son otros veinte pesos socio-políticos), cómo sugerir a un estudiante, que apenas se acerca a la educación formal en teatro, que estos cursos sobre teoría y crítica teatral son relevantes, si no aparecen como requisito entre los cursos conducentes a grado. La idea de responsabilizar a los estudiantes apáticos o ignorantes (que lo hemos sido todos en algún momento) de la pobreza curricular del Departamento me parece tan absurda como la de tergiversar a Lope de Vega para justificar la calidad de cierto teatro local diciendo que al pueblo se le habla en lo que el pueblo quiere oír. En el Departamento de Drama, más que en otros departamentos, se hace evidente que la calidad del taller de estudio y de trabajo es la responsabilidad compartida de profesores y estudiantes (así como de los administradores). En este sentido, lo bien o mal hecho, "Fuenteovejuna lo hizo".

Con la lectura del ensayo del profesor Ramos Escobar validé que creo en el trabajo y la responsabilidad colectiva. Es una noción que descubrí, junto a la del teatro, cuando tomé mi primer curso formal de artes dramáticas con el profesor William Padín (hoy doctor en Educación, entonces estudiante de teatro y pedagogía). El entusiasmo con que este profesor nos daba clases, me contagió para toda la vida. El profesor Padín hizo, entonces, dos cosas que determinarían el curso de tantas otras acciones de muchas personas: implementó un sistema de diagnóstico que le proveía de un perfil del estudiante y, una vez descubiertos los estudiantes potenciales, no escatimó en entusiasmo para que disfrutáramos de lo que, ahora yo entiendo, él sabía era un difícil y sacrificado oficio. Si el profesor Padín hubiera usado su tiempo para anticiparnos cuán duro y amargo podía ser el trayecto, seguramente la historia sería otra. Sin contar con los recursos de estructura (que aunque maltrechos ahí están) ni con el

excelente grupo de profesores con que cuenta nuestro Departamento, hay por ahí muchos "William Padín" cultivando espíritus teatrales.

Supongo que, para que la educación integral a la que aspira nuestro Departamento se logre, lo más apremiante será elevar el nivel de entusiasmo entre los estudiantes (y entre los profesores) de manera que, ante la crisis, se vea la posibilidad de una utopía en el trabajo y la responsabilidad colectiva. Durante un taller realizado en Perú en el verano de 1996, el dramaturgo Osvaldo Dragún sedujo a los participantes con su idea de las utopías posibles. Un tiempo antes defendía el proceso de uno de sus trabajos con las siguientes palabras:

“En un continente como América Latina, en países como Argentina, que nacen de la posibilidad de la utopía, que siguen viviendo en ella, no se puede creer en la muerte de las utopías. Yo no admito el fracaso de las ideologías. En su lugar, habría que hablar del fracaso de los ideólogos ... No podría vivir sin utopía. Tampoco sin ideología, entendida esta como una concepción del mundo en que quisiera vivir. Un mundo de equilibrio humano, como me hizo entender el joven cacique mapuche ... y en esto ando trabajando. Me cuesta mucho, mucho ... No me llegan fácilmente ideas precisas, menos aun las anécdotas ... Pero no

importa. No quiero contar ninguna historia. En su lugar, un punto suspendido en el vacío, donde todos los personajes pueden encontrarse...”<sup>4</sup>

Si hay algo fascinante en el teatro, pienso, es esta posibilidad de articular lo que parece inarticulable en un espacio donde la disimilitud puede formar parte de un proyectado y orquestado encuentro. No dudo que cueste reconocernos en este lugar donde la historia común se construye en un punto suspendido en el vacío y a la vez arraigado en el encuentro. Esta compleja posicionalidad "más allá de las islas flotantes" requiere de mucho entusiasmo para emprender el camino desde la grieta epistemológica hacia la utopía pedagógica teatral.

---

<sup>1</sup>. José Luis Ramos Escobar. Aquí y en lo subsiguiente cito de la versión de este ensayo publicada en las transcripciones del I Congreso Iberoamericano de Teatro bajo el título **La pedagogía teatral en Puerto Rico: entre el método Stanislavskiano, el lastre del realismo y la experimentación universitaria**. El énfasis es mío.

<sup>2</sup> José Luis Ramos Escobar. Ibid

<sup>3</sup> Jerzy Grotowski. **Hacia un teatro pobre**. México: Siglo XXI, 1996. p 44.

<sup>4</sup> Osvaldo Dragún. "No quiero contar ninguna historia". Entrevista a Osvaldo Dragún. **Primer Acto**. No. 223, Marzo-Mayo, 1988. p 77